

Memorias de una tristeza

Mayra Prieto Ballén



Image not found.

Capítulo 1

He llegado a un punto en la vida que me pregunto ¿Cómo una persona puede sentirse un anciano fracasado sin metas que cumplir y una vida ya vivida con veinticinco años? La vida me ha fallado. Cada respiro que doy es doloroso y no placentero, cada plato que hay para comer no sabe a nada y la tristeza invade mi vida como si fuera un agujero infinito sin escape, lo único que logra darle algo de minutos a mi tiempo es el libro que cojo cada tarde y me pierdo en sus hojas, me siento como un paisaje colgado en la pared, nadie me observa, nadie me detalla, mis montañas y mis nubes pierden color y significado por cada persona que pasa de largo y me ignora. Inocua y dolorosa, amarga y devastada, palabras que no tienen un significado para mí pero que a la vez definen quien soy.

La mañana me despierta con un sol sin calor, las cobijas que acarician mi cuerpo son lo que me da ese placer de querer quedarme dentro de ellas para siempre, perderme entre ellas y sus fantasías vividas, pero hay que dejarlas ir, hay que dejar ir lo que se quiere y darle algún significado a la existencia. Eso es lo que hubiera querido ella, pero que es un esfuerzo doloroso.

Me remonto a mi infancia, una dolorosa infancia donde la ausencia paterna hace un hueco imperceptible al ojo, pero marcado en la mente. Una mente en formación que no sabe que cada día que transcurre se deteriora y crea problemas más allá de lo que uno desea, ni el ser más amado puede arreglarlo con su brillo, la madre por otro lado ausente; igual se sabe quién es, se conoce el color de su cabello y su mirar, los labios que pronuncian palabras de amor vacías y lamentables que calan el ser del que la conoce y la escucha. Hombres pasan y se van jurándole amor eterno, pero huyen porque ella los asusta con su indiferencia y su frialdad. Al menos pueden huir, uno se aferra porque es madre, ausente, pero es madre. El paso del tiempo va corriendo como si fuera a ganar algo con eso, pero yo me quedo atrás en la competencia. Los amigos amados son inmóviles, les damos personalidad y nombres; ellos siguen siendo inmóviles esperando a que un dios les de una vida y también se puedan ir de esta triste existencia, esperaba que nunca pasara eso, los necesitaba para sentirme útil y amado. Crecer duele, cada año se vuelve más pesado, me duele el cuerpo, me duele el tiempo perdido que nunca recuperaré o las palabras inpronunciadas que se perdieron en mi mente mediante ese agujero que cada día crece con más celeridad.

El amor de una abuela, incondicional y leal perdonaba todo lo que hiciera, los daños hechos, las palabras crueles y los arrebatos extraños, todos se perdonaban, pero a la vez causaban una cicatriz imborrable, incurable, lamentable. Crecer con alguien dos generaciones atrás era un acto de rebeldía, saber que el tiempo cambia y va deprisa se hace más evidente y se ve a través del reflejo de unas fotos enmarcadas de cuando era un

bebé y mírame, ya estoy listo para ir al colegio, camino, hablo, leo, siento, analizo y cuestiono. La abuela sigue ahí, amando y por dentro deseando que las cosas no cambien, que sigan como en las épocas donde ella rechazaba a aquel que decidiera imponerse sobre ella porque ella no buscaba que la idolatrasen, buscaba que la respetaran, desearan y protegieran. Creció en una casa donde los hombres trabajan y resguardan mientras las mujeres se quedan protegidas en sus hogares, cuidándose y siendo vírgenes. Un galán la acosaba, le dejaba muestras de afecto no pedidas, regalos no buscados y miradas no deseadas; pero su opinión al igual que la tierra seca sin vida no cuenta. Sus padres vieron un hombre cariñoso y amable, con deseos de hacer de su hija una mujer respetada y que tuviera una vida (aunque ya la tuviera) ¿Qué mejor que eso? Un día ella sale, airosa y creída, sin pensar en nada y al llegar, debajo de su almohada encuentra un pequeño queso pera regalo de su admirador, pudo hacerlo ya que en sus tiempos la privacidad o el beneficio de un agujero protegido era un sueño para los pudientes, la puerta estaba abierta para amigos y acosadores deseosos de conocerla, lo hizo dos o tres veces más. Al escuchar esa historia pensé que el romance era real, genuino y puro, la realidad es que por muy doloroso que fuera, ella lo encontraba tedioso y pesado. No podía amar o al menos fijarse en los ojos del que la miraba, ella tenía que mirarse primero, soñar y cumplir con lo pactado para si misma, nunca pasó.

El admirador, amado por todos, pero no por la persona que amaba logró su cometido después de varias tardes en el centro de Bogotá esperando a aquella muchacha de pelo corto, vestido de época, trabajosa y amorosa con sus padres; viéndola salir de su trabajo con ganas de descansar de todo y todos y haciendo que el encuentro fortuito fuera accidental, logrando invitarla a comer y a salir que a regañadientes accedía con un aire de desafecto y compromiso con sus padres. No, no lo odiaba, si lo odiara no lo hubiera visitado cada año al lugar donde reposa hasta que vuelva a ser vida o no hablaría de sus historias con un afecto sin igual, que cualquier amante quisiera que hablaran sobre él con ese calor y esa añoranza «algún día nos volveremos a ver, jóvenes como éramos, tal vez volviendo a dar ese recorrido en el Volkswagen escarabajo que solíamos tener antes de que lo hubiera vendido por carretera a Cúcuta, su ciudad, su mundo; donde nos encontraremos con María que preparaba los mejores tamales que he probado y que se llevó a la tumba, mi suegra no me quería pero al final me quiso porque estuve con ella cuando todos la abandonaron y su único hijo ,mi esposo, nunca dejó pasar hambre o abandono». Un matrimonio joven, lleno de esperanzas por parte de ambas familias, la de mi abuela, por ejemplo, soñaba que pudiera salir de esa pobreza que los tenían sin un lugar que pudieran llamar hogar, donde el hambre se sentía con pesar, calamidades y enfermedades los perseguían y la infelicidad era pan de cada día. La única «bien casada» de cuatro hermanos, seis ya fallecidos por pestes y desasosiego, la pobreza respiraba en la nuca de todos pero que cada uno encontró su felicidad a su manera. Mi abuela con un hombre que de verdad la quería, amaba con

locura sus palabras y sus ojos, empezó a ser feliz, se dio cuenta que había felicidad junto a un hombre que la amaba. Esa felicidad, aunque era dichosa dejaba atrás lo que ella buscaba, una libertad.

Capítulo 2

Años atrás, antes de su matrimonio, pero no tan atrás para que su pretendiente solo fuera un simple amigo del barrio que se juntaba con su hermano Luis para jugar fútbol en el barrio, mi abuela tuvo un sueño, sintió un llamado a la ayuda, a prestar servicio a la sociedad. Ser monja era su vocación, por otro lado, sus papás no veían el cómo podía llegar a serlo, no había dinero para pagar esos sueños, poco a poco se marchitaron y se olvidaron, el dinero, lastre de la sociedad, era cada vez mas necesario, trabajar era el único fin que podía tener ella y sus hermanos, de ahí excluyo a la menor, la protegida de sus padres. La protegían de una sociedad intolerante donde el ser hermosa era el único motivo por el cual una mujer existe. La pobre sufría de las burlas por su apariencia, no era tan agraciada como sus otros hermanos, las palabras convirtieron esa vida en unas púas dolorosas y agresivas, rebeldes y gritonas que donde aquel se atreviera a verla o a comentar algo de si, sin temor lanzaría dardos venenosos y punzantes. Un amor propio se volvió un odio, pero no hacia ella, hacia sus propios padres y hermanos que la acompañaban y trataban de proteger. La mente humana es extraña e impredecible, nunca entenderemos cómo funciona, los psicólogos darán su punto de vista como si fueran los que pueden arreglar un aparato dañado con solo apagarlo y volverlo a prender, pero mi tía, hermana de mi abuela, nunca podría apagarse y reiniciarse. Su carácter se formó, pero su madre, mi bisabuela Isabel la amó dándole pétalos y flores, cantándole en su oído y murmurando palabras azucaradas que mi tía convertía en ponzoña dolorosa.

Mi tía también se casó, pero no se casó por amor, se caso por rebelde, con un hombre que la familia desaprobaba, mi bisabuela sintió una pena dolorosa en su corazón el día de ese matrimonio. El hombre resulto ser un temor, dolor para mi tía, buscaba mujeres y alcohol, peleaba sin cansancio hasta que el agobio de su vida le pudo más y se marchó, dejándola sola con tres hijos y una casa en el extremo sur de la ciudad. Mi abuela contando esta historia se le sentía el dolor en su voz, la rabia de la terquedad de su hermana y la pena de que su destino fue distinto del que sus padres esperaban. La rebeldía de sus decisiones no la condujeron sino a la desgracia, trabajos mal pagos, ingratitudes de sus hijos, una soledad inquebrantable ya que la dignidad u orgullo, no las diferencio, la alejó de su familia, declaró a lo ultimo que no quería saber nada más de ellos y que no necesitaba apoyo alguno de gente tan desagradable. Se marchó.

Mi abuela años después la contactó, recuerdo preguntarle el porqué lo hizo después de tanta ingratitud y abandono no solo a ella sino a las personas que ella amaba más en el mundo «mis papás la amaban, mis hermanos la aman y yo también la amo, no voy a responder a sus piedras lanzando más piedras, a veces simplemente debemos solo recogerlas y hacer algo hermoso con ellas. Ella está sola, lo sé porque mis hermanos

no hablan de ella y yo no dejaré que se quede sola» congeniaron, se amigaron, retomaron viejas eras donde recordaban sus caminatas por el barrio San Carlos, jugaban con las cosas mas banales pero apreciadas para ellas, esos amigos que tu les das voz y nombre, les das alma, lo hicieron también, a su manera y estilo. Esa relación no duró. Esa vida ya formada por los dardos ya dichos solo los expuso más y se alejó. Volvió a lastimar a mi abuela y nunca más la volví a ver. Recuerdo esa ultima vez que la vi, una persona menuda, triste y apagada, encanecida y sola; la recordaba más viva, mas amorosa y dulce, uno de niño no diferencia la tierra del agua. Sensible y dolido traté de ocultar la desdicha de mis ojos y dirigí mi mirada al cielo cuestionando el porqué las personas envejecen ¿yo envejeceré igual? ¿las decisiones que tome marcarán mi rostro, mi postura, mi cabello, mi boca, mi hablar cuando vea a la juventud pasar y ser felices simplemente porque están jóvenes y llenos de vida?

Mi abuela en retrospectiva veía su matrimonio, aunque no deseado fue feliz, mi abuelo amoroso la llevaba a almorzar cada domingo al centro viendo si ella recordaba sus salidas imprevistas, viendo sus ojos a ver que reacción le darían sus galanterías; no tenia que preocuparse, ella lo amaba ya. Tuvieron cuatro hijos, la mayor fue mi tía, ella fue la favorita de sus abuelas simplemente por ser la mayor. Pero el puesto del favorito principal de sus abuelos fue el de su primo, mucho mayor que ella e hijo de su tío Luis. El ser varón en un mundo donde el serlo privilegia, da vida y goce, perpetua el apellido era una bendición y él lo fue. Le siguió mi tío, luego mi otra tía y al final fue mi mamá. El hogar fue feliz en un pequeño barrio al sur de Bogotá. Yo viví en esa casa, era una hermosa casa de gran tamaño, cinco cuartos, dos baños, dos cocinas, un área para lavar la ropa, una sala, un comedor, un patio, antejardín y garaje ique lujo! Dirán algunos, lo era, pero los que hemos vivido el avance del tiempo y de la economía local sabemos que al final entre más pobre seas, mas pobre serás, la casa por estar en el sur sería por siempre pobre al igual que sus habitantes.

Desearía que las cosas que estoy contando dieran un final feliz, la felicidad al igual que mis mañanas o mis momentos de paz no dura, no para los desafortunados o los que tenemos que ver como el transcurso del tiempo se lleva lo amado, lo querido, lo propio y voltea la espalda como si nunca hubiera existido mientras que atrás nos quedamos nosotros recordando por la eternidad el como eran y saber que nunca más lo volveremos a tener; en el hogar se sintió lo duro de las situación, mi abuelo tuvo un buen empleo, trabajó en el DAS como detective, arriesgando su vida y el bienestar de sus amados por conseguir ese pan del desayuno, mi abuela por otra parte tomaba cursos para cocinar, era una excelente cocinera, se que decimos eso de nuestras propias madres y abuelas pero seamos francos, al ser educados con el sazón de cierta comida, el paladar se acostumbra y ya el tinto de nuestra casa sabe solo agua con café en casa ajena «este tinto no está bueno, sé que el proceso para hacerlo es el mismo pero no sabe igual ¿será esa vieja olleta que tiene mi abuela en la

casa con el que siempre hace el tinto desde las épocas de sus abuelos que acumula todo ese sabor lo que le da el significado a lo que yo llamo tinto?, ¿será porque es el hecho de que no lo hizo ella?»; era una gran tintera y yo ahora lo soy, la cuchara de palo de la casa tengo la suerte de tenerla porque con ella mi abuela cocinó todo lo que me hace querer comer, lo que me hace sentirle gusto a la comida o al menos saber que para sobrevivir solo debo hacerme un pedazo de carne asada y arroz, pero, igual me sigue sabiendo raro porque no lo hizo ella.

Capítulo 3

El trabajo de mi abuelo lo llevó a Estados Unidos a tomar un curso en las Naciones Unidas, no recuerdo bien qué curso llegó a tomar, pero lo que siempre recuerdo es que había una foto de él dándole la mano a un hombre importante (su nombre se me escapa) recibiendo un diploma ya desaparecido, rodeados de banderas de todo el mundo. La vi muchas veces y sentí un orgullo impresionante, sentí como si hubiera estado presente en ese momento exacto y mis lagrimas se escapaban incontrolables soñando algún día que él sintiera ese orgullo exquisito por mí. Ese momento se desvaneció con el tiempo, al igual que los pocos recuerdos que quedan de su estadía en ese país, de su visita a varios sitios que uno sueña o imagina que existen y solo se saben que están ahí por una foto. Posaba con una camisa blanca y corbata, pantalones normales como si el fuera una persona del común. Mi abuela solo supo de ese lugar por las fotos que llevó de vuelta a Bogotá al igual que sus hijos y sus nietos, triste y dolorosa realidad, dolió el saber que después de tantos logros, tantos méritos y apreciaciones fueron borrados al quedar sin empleo un tiempo después. Mi abuela trabajó para cuidar a sus tres hijos ya que la madre no había nacido, una mujer sin estudios que recuerda que solo terminó la primaria porque ser pobre te da el lujo de quedarte no solo pobre sino ignorante de muchas cosas; mi dulce abuela le enseñó lo que sabía sus padres, les enseñó a leer, a escribir, a sumar y restar, una buena hija pobre y dichosa de ayudar, de siempre ayudar. El trabajo dio frutos, mi tía, la mayor, logró entrar a la universidad, mis tíos entraron al colegio y la madre ya nacida estaba en primaria. Dichosos y aún pobres.

El tiempo transcurrió, pero se le olvidó que significa tener piedad por una familia que tuvo que luchar, que tuvo que aferrarse a la esperanza que ofrecía la educación y el trabajo de esos pobres. En el año 1986, lo recuerdo bien porque me duele recordarlo sin estar presente, sin sentir el dolor en físico pero afectado emocionalmente dejando en mi una voz insonora diciendo que la suerte es para los que nacieron con suerte, ese año mi abuelo caminando por los lados de el edificio El Tiempo sufrió un infarto fulminante, un corazón dejándole el resultado de varios años de descuido y olvido, de mala alimentación y de malos amores le falló; los transeúntes que pasaban en el momento no pudieron ayudar, el cerebro se les anuló o los prejuicios les llenaron, una ambulancia sostuvo sus últimos suspiros pero un frío edificio lo vio morir. Desearía poder hablar más de él, desearía poder seguir lanzando las flores que se merece por ser el hombre que fue, o lanzar las punzadas que se mereció en un punto porque era hombre, pero fue hombre en una época en el que ser hombre le dio privilegio de ser macho y de tratar a todos como el macho que era.

Admiro a mi abuelo y me dolió saber el motivo de su fallecimiento, me dolió saber de qué algún delincuente que pasaba o de algún policía que se avivo se llevo su arma de trabajo que solo dios o algún muerto sabe que

cumplió su propósito. Me dolió saber que mi abuela y mi tío Orlando fueron llamados por un compadre que recibió la llamada declarándolo muerto ya que dentro de la billetera de mi abuelo se hallaba su número (supongo que también habría plata, pero tendría el mismo destino que varias cosas que se esfumaron en el momento al igual que su vida). Llegaron y lloraron, en la casa mi tía Helena, la mayor, lloraba cuidando a la menor, la madre, que, desde ese momento, justo momento, la cambió. Mi tía Piedad, se enteraría al llegar a la casa en boca de Helena, lloraron las tres; en la morgue lloraron otros tres. Ese relato me partió el alma y lloré, lloré porque perdí una persona que admiraba pero que no tuve la fortuna de conocer, pero lo lloré porque era mi orgullo, era mi abuelo, mi esperanza en este mundo donde estoy solo, desconsolado y aislado. Otra figura paterna ausente.

Mi abuela, heroína querida, salvó la vida de su familia después de perder un pilar importante de su familia; trabajar se volvió su ambición por sus cuatro hijos, lamento decir que su vida se volvió una maraña de tristeza, dolor y sufrimiento por lo duro que le tocó, pero para ella su madre era su sostén, su razón de vivir junto a sus hijos, para que se hicieran dignos de vivir, de luchar, de ser lo que en la actualidad son y orgullosa los ve. Esos enredos tienen nombres en algunos puntos que voy a redactar. Helena, la mayor, fue la más beneficiada, favorita y siendo mayor, estudió en la Universidad de Los Andes cuando mi abuelo vivía, estudiaba porque le tocaba, encomendada por él, porque era el macho, pero ella al ser mayor también tuvo poder, tuvo decisión, decidió cambiar su vida, cambió su rumbo y cambió de universidad, su cambió según me relataron ella y mi abuela se debió a que era pobre, siempre pobre, rodeada de personas que tenían metas, tenían proyecciones y por sobre todo tenían plata y padres influyentes, una realidad que se mantiene y que se vive pero con mas evidencia. Siendo pobre rodeada de las riquezas ella se encerró en su mundo pobre, se volvió insignificante y siendo nada. Fue una nada que trató pero no pudo, las experiencias de la insignificancia le sopesaron y se fue para nunca volver a ese mundo de plata. Entró a la universidad de La Salle a cambiar su rumbo en un lugar donde se sintió más cómoda, más ella, más todo. Se graduó y la vida que le llegó le tocó duro, más duro que estar rodeada de carros lujosos o siendo invitada a fincas a las afueras de Bogotá a las que nunca tuvo el placer de soñar con ver porque lo desdeñable le ganó la batalla, mi abuela luchó con ella, la consoló, la apoyó, le aportó una sabiduría que ganó con el sudor de su frente y los callos de sus manos y ella ganó esos callos con lucha y valentía.

Encontró un buen puesto de trabajo y se enamoró, se enamoró, se enamoró de su trabajo, de sus paredes, de su suelo, de su vida nueva y de un hombre que la amaba igual. El amor joven, el amor nuevo, el amor de vida que, aunque uno quiera agarrar con pinzas no se arranca del alma, aún lo recuerda y habla de él como si aún estuviera esperando volver a tenerlo. Se amaron, de eso no hay duda, tardes felices saliendo a la 30 a coger el bus para ir a sus casas, a tomar un café, a almorzar

cuando tenían su hora. Amor tierno y efímero. Puedes amar, pero una madre ama más a su hijo y la madre de aquel hombre vio su felicidad y no le gustó, no le agradaba aquella pobre muchacha, se hizo un complot contra ese afecto puro y de ese complot llegaron las noticias a mi abuela de que aquel hombre sincero y querido tenía otra persona a la que amó y de ese amor nació un hijo.

Capítulo 4

El rumor de aquel hijo llegó a los oídos de mi abuela, en esa época era casi un pecado que una mujer tuviera un hijo por fuera del matrimonio y para la nuestra era peor si se ocultaba. Mi abuela le tuvo que contar esa dolorosa verdad a Helena, Helena lloró hasta que sus ojos se marchitaron de dolor, la verdad y la mentira se juntaron en su pequeño y feliz mundo e hicieron un daño irreparable a ese amor que iba creciendo día con día. Ella afrontó a su pareja y no pudo negarlo, no había nada que negar, pero decidieron luchar por ese amor y seguir adelante pese a las circunstancias. Siguieron cultivando ese amor, aunque los obstáculos se presentaron con el paso del tiempo, la suegra de Helena no la toleraba y hacia lo que podía para evitar que floreciera aquello que tenía que florecer, que se cultivó con el tiempo, amor y la poca honestidad que seguía.

Helena siguió con su pareja después de afrontar la realidad, su amor le pudo más que aquellos intentos de destruir ese amor. Una última historia antes de terminar este amor fue el día en el que ella salió con él, ya habían salido con la interferencia de la madre de su hijo, mientras tomaban un café como solían hacerlo lo buscaba para que la acompañara a comprar lo necesario para cuidar a su hijo, compraban pañales, comida, vestidos; Helena lo vio detrás como si estuviera detrás de un escenario sin la posibilidad de actuar habiendo estado aprendiendo el libreto y preparándose durante tanto tiempo para que alguien más actuara en su lugar. Ese último día de amor pasó lo mismo, la mujer lo buscó para que cuidara a su hijo con ella, Helena no lo toleró más y tuvo que dejarlo ir, lo amaba, pero no podía estar con alguien que tuviera otra mujer en su vida también y compartir su vida, su amor, todo con ella. Fue doloroso, lo puedo imaginar, a muchas personas les ha pasado casos similares los cuales dolorosos llegan a ser, pero es mejor soltar antes que se vuelva asesino y maten un amor perfecto.

A mi tía le costó superar aquel desamor, a él le costó igual, la buscaba, le imploraba que volviera con él, que su amor fuera más fuerte que aquellos obstáculos que venían. Mi abuela le tocó intervenir para ayudarla «sé que lo amas, vi ese amor desde atrás y lo viví contigo, vi que eras feliz y que tú lo hacías feliz de igual manera, pero esa felicidad ya no está, ya las cosas cambiaron y tu felicidad solo se convirtió en un doloroso recuerdo que ya hace daño y carcome tu vida, te duele ahora esa felicidad y es hora de dejarlo tal y como es, como un recuerdo y que se quede así, hay muchas maneras de encontrar la felicidad y vas a encontrarla porque te la mereces», y así pasó. Logró zafarse del nudo del recuerdo y continuó buscando otra felicidad.

Cuando me contó esa anécdota Helena, aún la cuenta con nostalgia y con cierta añoranza, aunque ya casada y con una buena vida, ese amor, ese

primer amor, la hizo feliz de una manera única la cual no podrá ser borrada de su mente ni su corazón.

La vida fue dura, muy dura, Helena se tuvo que marchar de su amado trabajo y de su amada felicidad, ahora estaba en la nada. La entiendo, entiendo lo doloroso que es no tener nada seguro, tener que implorar una ayuda, venderse como el mejor empleado para un empleador, fingir experticia para ver si voltean si quiera a tener lastima y solo encontrar rechazos y burlas por delante, la nada misma. Después esa nada por obra y gracia se volvió un inicio, algo nuevo le pasó. Consiguió un nuevo trabajo en un banco en la ciudad, después de un tiempo logró mejorar, ser una nueva persona, le iba bien en su trabajo y se sentía alguien nuevamente. Ya había pasado por dos situaciones que la habían hecho nada y ahora era un todo de nuevo.

Volver a enamorarse es duro, es un proceso por el que todos pasamos después de haber amado profundamente y sentimos que ya nadie igualará y mucho menos superará aquel amor, pero somos humanos, nos adaptamos al cambio y siempre andamos en la búsqueda de lo que nos haga feliz o al menos de lo que nos acompañe a hacer felices, el volverse a enamorar le costó pero lo hizo, apareció una persona que le sacaba las risas cuando hablaba, le gustaba hacerla reír porque la hacía feliz; Helena siempre fue y siempre ha sido una persona feliz, una persona que le gusta reír pese a las condiciones que lleguen, le ve lo gracioso a lo peor que le pueda pasar y ese nuevo hombre lograba hacer que ella fuera feliz haciendo burlas y chistes. Fueron una pareja feliz, ella fue feliz de nuevo y creyó encontrar de nuevo un amor incondicional y no de remplazo sino una nueva historia en su cuento; mi abuela por otro lado no le agradaba mucho, al verlo pensó que no era el indicado para ella; era un hombre pequeño con grandes gafas, no muy agraciado pero tampoco un hombre desgraciado, simplemente era un hombre promedio que hacía reír a su pareja, el apenas era un estudiante en medio de terminar la carrera mientras que mi tía tenía un mejor puesto en el banco, ella había vivido más vida que él y mientras él solo conocía que era la vida, era todo.

Una relación que fue floreciendo de a pocos como la alegría en la vida de mi tía. Esa relación dio frutos antes de tiempo y Helena quedó embarazada, tal vez un poco a destiempo. Eso generaba cierta fricción en la pareja ya que compartían no solo sus vidas su hijo que aun se estaba formando, compartían un mismo espacio de trabajo donde existían políticas de no relaciones dentro; una política absurda a mi parecer ya que somos humanos, somos curiosos y seres amorosos o seres odiosos dependiendo de la situación, el entorno o las personas con las que nos rodeamos, el amor no decide donde aparecer, nosotros no decidimos de quien nos enamoramos, simplemente pasa y a veces es inevitable o es imposible ocultarlo, siento que nosotros lo sudamos por los poros lo que lo hace evidente para todos pero por una extraña razón es invisible para la persona de la cual queremos enamorarnos. La naturaleza es sabia pero la

mente nos juega pasadas que después nos hace arrepentirnos de lo que hacemos y simplemente queremos es ser invisibles.